

Misa por los salesianos difuntos Ispettore di ZMB 28 Feb. 2014

Introducción

Queridos hermanos:

Buenos días y bienvenidos a esta celebración eucarística por nuestros hermanos salesianos difuntos. El art. 54 de nuestras Constituciones dice: *“...El recuerdo de los hermanos difuntos une en la “caridad que no acaba” a los que aun peregrinan con quienes ya descansan en Cristo”*. El art. 56 de nuestros Reglamentos invita al Inspector a que haga celebrar una misa por los hermanos difuntos en cada tanda de ejercicios espirituales. Hoy, por lo tanto, recordamos a todos nuestros hermanos que han ido a la casa del Padre, especialmente que han terminado su vida en la tierra en estos últimos seis años. Que el Señor les premie con la alegría de su presencia para siempre. Y que ellos intercedan ante el Señor para que nosotros vivamos como hijos de Don Bosco, felices y santos hasta el final de nuestra vida.

Homilía:

Queridos hermanos:

En este día, mientras recordamos a los hermanos que nos han precedido, nos maravillamos de que hayan sido ellos los llamados por el Señor y no nosotros. Hemos visto a Salesianos, jóvenes y ancianos, llamados a concluir su vida en la tierra... y nos hemos preguntado: ¿Cuándo llegará nuestro turno? ¿Cómo será? ¿Tendremos una muerte serena o violenta? ¿Tendremos una muerte lenta y dolorosa o nos visitará la muerte de imprevisto? No lo sabemos, y tampoco necesitamos saberlo.

En la primera lectura, San Juan nos invita a reflexionar sobre nuestra vida en este mundo. Todos nosotros sabemos muy bien que nuestra vida en este mundo dura solo un poco de tiempo. Pero en este breve tiempo, podemos vivir una vida digna de Dios –un estilo de vida que lleva consigo felicidad y alegría. ¿En qué consiste esta vida? En seguir el ejemplo de Jesús que, por su gran amor, entregó su vida por nosotros. San Juan nos invita a hacer de nuestra vida una vida de amor unos para otros. *“Si [Dios] nos ha amado y nos ha enviado a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados... también nosotros debemos amarnos unos a otros”*, es decir debemos dar la vida unos por otros.

El mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial del Enfermo, el 11 de febrero de 2014, ha sido *“Fe y caridad: ‘También nosotros debemos dar la vida por los hermanos’ (1 Jn 3,16)”*. ¿Estamos dispuestos para esto... para dar nuestra vida por nuestros jóvenes, por los feligreses, por los hermanos con los que vivimos? ¿Cuántos de nosotros estamos dispuestos a hacerlo?

San Juan nos dice que Dios nos ha amado primero. Este es el amor que estamos llamados a imitar. Hacer de mi vida una vida de amor por los jóvenes y por todos. Es lo que hizo Jesús. El evangelio de hoy habla de su muerte en la cruz por nosotros. Aunque era Hijo de Dios, no rehusó la muerte. La padeció en su realidad más terrible, agonizante –abandonado por sus discípulos más íntimos a los que había intentado comunicar su mensaje de amor y de humildad- escarnecido y ridiculizado por los jefes del pueblo, por los soldados y la muchedumbre hostil de los judíos. Jesús no se preocupó de todo esto, del terrible dolor físico, del dolor psicológico que tuvo que soportar. En medio de las tinieblas se abandonó completamente en su Padre con total confianza: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”*.

Por lo general nosotros tendemos a evitar el dolor y el sufrimiento. Nos desanimamos cuando tenemos que pasar por situaciones difíciles. Nos lamentamos. Jesús nos invita a todos a seguir su ejemplo de una entrega total en las manos del Padre. Aun teniendo que soportar atroces dolores y tinieblas hasta gritar: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”*, permaneció seguro de que el Padre estaba con él. Por eso podía confiarle su vida en una entrega amorosa y confiada.

Queridas hermanos, un día, vosotros y yo tendremos que seguir el camino trazado por nuestros hermanos difuntos. Debemos seguir el ejemplo de Jesús. Un día también nosotros tendremos que entregar nuestra vida al Padre. ¡Qué feliz será aquel día si hemos sido personas que han sabido transformar su vida en una vida de amor por los demás y que han sabido decir frecuentemente: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”*. Si esto es así, ¿por qué no transformamos nuestra breve vida en una vida llena de amor por Dios y del prójimo? Nuestro Padre Don Bosco gastó su vida entera por la salvación de la juventud. Hasta en los últimos momentos de su vida, intentó sentado, mover las manos diciendo: *“Apresuraos, corred a salvar a los jóvenes. La Virgen Santísima les ayude”*. ¡Este es un ejemplo bellísimo de una vida vivida por amor a los demás!

Cuando en nuestra vida, nuestra ambición y nuestros proyectos es lo prioritario, es que todavía no estamos maduros para el cielo. Cuando Dios y su voluntad es lo prioritario en nuestra vida, entonces es cuando estamos ya maduros para ir al Padre. San Pablo podía decir: *“Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20). Para mí, vivir es Cristo y morir una ganancia” (Fil 1,21)*. Porque en todo cuanto hizo trató siempre de hacer la voluntad del Padre. No había nada de Pablo; todo era del Señor. Por eso justamente podía decir: *“¡Deseo partir para estar con Cristo!” (Fil. 1,23)*.

Todos conocemos el mensaje de la Beata Madre Teresa de Calcuta: *“No todos estamos llamados a hacer grandes cosas; ¡pero todos podemos hacer pequeñas cosas con gran amor!”* Tratemos de hacer con mucho amor y no como una carga, nuestras grandes o pequeñas responsabilidades que la obediencia ha puesto en nuestras espaldas. Sabemos que ¡al atardecer de la vida, nos examinarán del amor! La gente nos recordará si hemos sido personas que han amado a los demás.

Entonces podremos con gozo y confianza poner en las manos de nuestro Padre amoroso toda nuestra vida, en ese momento decisivo que él, en su bondad, ha decidido para cada uno de nosotros. Pidamos al Señor por intercesión de nuestros hermanos difuntos, que podamos también nosotros permanecer fieles hasta el fin, y conseguir realizar todo de lo que somos capaces, con gran amor. Que nuestro Padre Don Bosco nos obtenga esta gracia del Señor a cada uno de nosotros.

En la hora de Completas recitamos siempre esta oración: *“En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu”*. Digámosla con todo amor y confianza y pongamos todos los días de nuestra vida en las manos del Padre amoroso que ciertamente cuida de nosotros. El Señor nos bendiga a todos.

George Chalisserly SDB